



Fracaso escolar, una amenaza social

School failure, a social threat

■ Para no comenzar con trenos, cómo no vamos a reconocer que España ha dado un paso de gigante en las últimas décadas: se ha integrado en Europa —de la que había estado aislada mucho tiempo—, disfruta de una esperanza de vida y una mortalidad infantil que nada tienen que ver con las de hace 60 años, y ha dejado atrás ese 75% de españoles que no completaba el Bachillerato a finales de los años 70. Ésta es la perspectiva desde la que muchos prefieren asomarse despreocupadamente a nuestra realidad, comparándonos con lo que fuimos y no con los logros de los países vecinos. Enfrentando nuestro pasado con nuestro presente hemos dado con la clave para que las cifras nos digan lo que queremos oír, que progresamos adecuadamente.

Así, nos sentimos liberados de reconocer una situación tan alarmante como sonrojante: los resultados de las evaluaciones internacionales nos sitúan en la cola de los sistemas educativos de Occidente. Realidad que puede edulcorarse aún más argumentando —como de hecho sucede— que los tests utilizados no son los apropiados para enjuiciar el nuestro, debido a las particularidades tan «especiales» que, al parecer, lo adornan. ¡Hay alguien que no se haya enterado a estas alturas de que España es diferente! Y que lo es hasta tal punto que algunas comunidades han optado por impedir a sus alumnos la participación en esas pruebas internacionales: «muerto el perro se acabó la rabia».

El epitome de esta estrategia, consistente en esconder la cabeza bajo el ala, es un nefasto tándem formado por un *fracaso escolar* inaceptable, un 22%, de los más altos del mundo civilizado, que supera al de Croacia (2,7%), Eslovenia (4,4%), Chequia (5,5%), Lituania (6%), Eslovaquia (6,7%), Letonia (8%), Estonia (11,4%), Bulgaria (13%) y Rumanía (18%); exactamente el doble —y también el más elevado— del que registra el conjunto de la UE-28, un 11%. Y por el asfixiante *paro juvenil* que sufrimos, alrededor del 40%, también a la cabeza del mundo al que pertenecemos.

Un contraejemplo del fiasco educativo con el que conviven los españoles —con la complicidad de los políticos que no quieren incomodarles exigiéndoles esfuerzo y disciplina en las aulas— lo podemos encontrar en el artículo de Cristina Urchueguía (pp. 148-162), donde puede leerse: «El Estado helvético trata el fracaso escolar, al interpretarlo como una amenaza social, como un problema propio y no como una desgracia individual del alumno, por lo que realiza ímprobos esfuerzos para repescar a los descarriados y evitar que en el futuro dependan del Erario en vez de ser contribuyentes».

Si el fracaso escolar es percibido en Suiza como una amenaza que no debe tolerar el Estado, no cuesta entender que en ese país no llegue al 5%, que el paro ronde el 3% y que el salario medio se sitúe en 74.500 euros (26.000 euros en España). Ni Suiza ni

otros países de nuestro entorno tienen una fórmula secreta que les permita gozar de estas cifras u otras parecidas. Por supuesto, lo que no hacen es malgastar sus energías en resucitar viejas y estériles polémicas sobre el papel de la religión en las aulas, asunto que ya se empezó a debatir en España en los albores del siglo pasado (llevamos cien años enredados con el tema). Ni tampoco ven ninguna ventaja en transformar la escuela en el campo de batalla de las ideologías o los proyectos nacionalistas, lo que ha llevado, por ejemplo, a Valencia y Cataluña a tener los índices más bajos de aprobados en secundaria. (Acaba de promulgarse una nueva ley de Educación y, en pocos meses, cuando tengamos un nuevo gobierno, se modificará, así lo han anunciado casi todos los partidos; y así seguiremos hasta el día del juicio final, que algunos vaticinan que también suspenderemos.)

Desde la reforma de Villar Palasí en 1970, semilla e inspiración de las cinco que han venido después —digamos las cosas claras—, nuestro sistema educativo, por el facilismo que lo alienta, no ha sido capaz de asegurar una verdadera igualdad de oportunidades. Pues el incremento en la cantidad no se ha acompañado de un aumento en la calidad, haciendo de la enseñanza más un elemento favorecedor de la desigualdad y del crecimiento de los grupos subsidiados que de lo contrario.

La preparación de nuestros jóvenes no es la apropiada para ganarse la vida en un mercado muy globalizado, que en esencia demanda tres cosas: comprensión lectora, habilidad con los números y conocimiento de otra lengua moderna de uso universal. Con respecto a lo último, solo señalar que España recibió en 2014 casi 65 millones de turistas, ¡qué más se puede decir!

Junto a la Glorieta de Cuatro Caminos,

una populosa zona de Madrid hoy habitada mayormente por inmigrantes, se ubica el colegio concertado San Antonio, fundado en 1948 por los franciscanos capuchinos, en él se imparten Infantil y Primaria a 170 alumnos procedentes de 19 países, solo uno tiene padres españoles. Como describe Olga R. Sanmartín en un interesante reportaje (goo.gl/BHRJAX), apenas si existen ordenadores y su decoración, desde los cuadros hasta los mapas y los pupitres, nos retrotrae a finales de los años 60, lo que no es óbice para que sus alumnos logren unas notas que están muy por encima de la media de la comunidad de Madrid. Las claves del éxito de este colegio, donde los escolares llevan uniforme, entran a clase en rigurosa fila y tratan con reverencia al maestro, las expone su director con claridad: «alta motivación de los profesores»; «se ofrece lo que mejor le va a cada estudiante»; «absentismo cero... si uno falta, llamamos a su casa y, si no lo encontramos, avisamos a agentes tutores de la Policía Municipal, que van a su domicilio a buscarlo»; «aquí vamos al grano: cálculo y resolución de problemas, y ortografía y comprensión lectora. Hacemos dictados con frecuencia»; y remata así: «éste es un centro con corazón, y esto es lo que, al final, da mejores resultados: formamos en valores». ¿Realmente hace falta que el ministerio encargue un informe más sobre cómo mejorar la enseñanza en España?

José Luis Puerta
(jlp@dendramedica)

Al igual que siempre, los que hacemos esta Revista de Humanidades agradecemos a los amables lectores su fidelidad y a nuestra benefactora, la Fundación Pfizer, el apoyo incondicional con el que nos distingue. Hasta el próximo mes de junio.

